

de los ricos y de los pobres? La riqueza y la pobreza, léjos de ser un principio de guerra, vienen á ser un principio de armonía; la pobreza impone á los ricos el deber de la beneficencia; ricos y pobres se acercan y unen para no formar más que una familia» (1).

En tanto que el cristianismo predica la unidad y la solidaridad de los hombres, está en la verdad. Está aún en la verdad cuando llama á los ricos á prestar socorro á sus hermanos pobres. Pero cae en el error, y en un error funesto, cuando funda en la renuncia absoluta el camino de la perfección. Es caer de un exceso en otro. A fuerza de exaltar el derecho, los antiguos desconocían la caridad. A fuerza de exaltar la caridad, los cristianos desconocían el derecho. Toda doctrina exclusiva es falsa. Por esto la religión cristiana aún no ha resuelto el difícil problema de la pobreza en lucha contra la riqueza. Después de diez y nueve siglos de cristianismo, el antagonismo subsiste aún, sólo que el mundo se inclina hácia el egoísmo antiguo más que hácia la caridad cristiana. Este hecho es importante y merece que se insista sobre él. Si el principio del individualismo ha prevalecido sobre la predicación secular de la caridad, ¿no es esto una prueba decisiva de que el cristianismo se ha empeñado en marchar por un camino equivocado? Ha querido contener el desarrollo de las fuerzas individuales, que es el objeto de nuestra existencia en este mundo. La salvación no consiste, pues, en la renuncia; consiste en la actividad bajo todas sus fases, tanto física como intelectual y moral. Ha cambiado nuestro ideal, los medios de alcanzarlo deben cambiar también. Predicar á los hombres del siglo XIX la renuncia evangélica es un contrasentido. En lugar de maldecir la propiedad y las riquezas, la religión debe santificarlas, no como objeto, lo cual sería volver al materialismo antiguo, sino como instrumento del perfeccionamiento intelectual y moral.

El cristianismo esperaba poner fin á la guerra de los que no poseen contra los que poseen. Una experiencia de diez y ocho siglos ha probado la esterilidad de sus esfuerzos. En nuestros días ha vuelto á comenzar la lucha, más seria y violenta que nunca. El cristianismo es impotente en frente del movimiento socialista; la

(1) CHEYSOST., *Homil. 32 in epist. I ad Cor.* (t. X, p. 292, E.).

renuncia á los bienes, en lugar de aliviar el mal, no haría sino extenderlo, puesto que la miseria de particular se convertiría en general. Es inútil añadir que el remedio no está tampoco en el individualismo antiguo. La salvación de la sociedad depende de la conciliación de los dos principios igualmente verdaderos: el derecho del individuo y la caridad. Es necesario que todo hombre llegue á desarrollar las facultades de que Dios le ha dotado, los pobres como los ricos. La riqueza, como todo elemento de superioridad, no confiere un derecho, impone un deber. Si se quiere tomar la doctrina cristiana de la renuncia en este sentido, es profundamente verdadera. Toca á las clases superiores elevar á aquellos que están colocados debajo de ellas. Se conseguirá esta educación, no, dejándoles los bienes que poseen, sino instruyéndolos, moralizándolos; no amortiguando su actividad, sino estimulándola y favoreciéndola. El último término de este nuevo ideal es que todo hombre se convierta en propietario. Si la humanidad no alcanza nunca este ideal, es porque los vicios y las pasiones de nuestra naturaleza son un obstáculo, cuyo poder puede disminuir, pero que jamás desaparecerá. La sociedad cumple con su deber rompiendo las trabas que la miseria opone al desarrollo del individuo. Después de esto, toca al individuo procurar por sí mismo su salvación. Aquí reaparece la misión de la religión. Enseñará á los desheredados de este mundo que no han sido excluidos de la herencia divina; que si no tienen parte alguna en ella deben culparse á sí mismos, puesto que siempre pueden trabajar en su desarrollo y realizar su destino. Dirá á los ricos que riqueza obliga como nobleza; que deben hacer esfuerzos incesantes para levantar á los pobres, no, dándoles la limosna, sino ayudándoles á desarrollar su individualidad.

#### § VI.—Los sabios y los pobres de espíritu.

La oposición de ricos y de pobres, de hombres libres y de esclavos nos revela la ley que regía al mundo antiguo, la fuerza. Para el más fuerte el poder, para el más fuerte todos los gozes que

le son anejos. Los filósofos no concebían un ideal superior al hecho. Atribuían á la inteligencia un derecho al mando; esta aristocracia de la razón acababa en el embrutecimiento, en la esclavitud de la humanidad casi entera. Jesucristo vino á redimir á todos aquellos á quienes la antigüedad oprimía, y libertó también á los pobres de espíritu. Revelador de una fe nueva, no se hizo dominador, no dió leyes; se constituyó en siervo de la humanidad. Jesús dijo á sus discípulos: «*Sabeis que los príncipes de las naciones las dominan y que los grandes ejercen el poder sobre ellas. No sucederá así entre vosotros, sino que el que quiera ser el mayor entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida para redimir la de muchos*» (1).

La caridad infinita de Jesús le eleva por cima de la preocupación universal de la antigüedad. A sus ojos la superioridad de inteligencia no confiere ya un derecho, impone un deber; el que quiera ser el mayor debe mostrar su poder por el poder de su abnegación. Pero la preocupación que Jesucristo atacaba tiene raíces profundas en el corazón del hombre, el orgullo de la razón. Apenas si el siglo XIX comprende la palabra de Cristo: y ¿cómo asombrarse de que sus discípulos no le comprendieran? La misión que les confiaba excitaba su rivalidad, disputaban entre sí quién era el mayor. Jesús llamó á los Doce y les dijo: «*El que quiera ser el primero será el último de todos y el servidor de todos*» (2). Pero el mundo no lo entendió. Sin embargo, Jesucristo encontró un discípulo digno de tan gran maestro. *San Pablo* procedía de la escuela de los Fariseos; había sido extraviado por el orgullo de la ciencia y de la superioridad moral en la primera parte de su vida. Cuando la luz divina iluminó su espíritu, se explicó el fin de las desigualdades que, en apariencia, destruyen la armonía de la creación. Escuchemos al gran apóstol; su doctrina inaugura un nuevo orden social:

«¿La diversidad de dones que Dios ha dado á cada hombre impide

(1) MATEO, XX, 25-28.—MARC., X, 42-45.

(2) MARC., IX, 32-34.

que haya unidad? No; no hay sino un mismo Espíritu, un mismo Dios que obra todas las cosas en nosotros. Pero el Espíritu que se manifiesta en cada uno le es dado para la utilidad común. Así á uno se le da la palabra de sabiduría, á otro la palabra de ciencia, á éste la fe, á aquel el dón de sanar los enfermos, á tal la profecía, á cual la diversidad de lenguas. Uno solo y mismo Espíritu es el que obra todas estas cosas y las distribuye á cada uno en particular como le place.» *San Pablo* demuestra que esta distribución de dones diversos es una necesidad: «¿Pueden ser todos apóstoles? ¿Todos doctores? ¿Tener todos el dón de los milagros? ¿Hablar todos diversas lenguas?» La desigualdad de las facultades en los individuos no rompe la unidad, resulta de ella solamente una diversidad de ministerios; cada uno debe cumplir con el suyo, sin considerarlo como título de dominación ni de orgullo. *San Pablo* desarrolla este pensamiento en una bella imagen; compara la sociedad cristiana con el cuerpo humano: «Así como el cuerpo no es sino uno, aunque tenga muchos miembros, y todos los miembros de este cuerpo, aunque sean muchos, no forman sino un solo cuerpo; sucede lo mismo con Cristo. Así el cuerpo no es un solo miembro sino muchos. Si el pié dijera yo no soy del cuerpo, porque no soy la mano, ¿no sería, sin embargo, del cuerpo? Y si la oreja dijera yo no soy del cuerpo, porque no soy el ojo, ¿no sería, sin embargo, del cuerpo? Y si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato?» Hé aquí la unidad del cuerpo y la unidad del género humano, á pesar de la aparente diversidad, admirablemente establecida. Se concibe la razón de esta diversidad: «Si todos los miembros no fueran sino un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?» ¿Preguntáramos nosotros por qué éste tiene tal función, aquél tal otra? Hé aquí el secreto de Dios: «Ha colocado los miembros y cada uno de ellos en el cuerpo, como le ha placido.» Aunque diversas, las funciones son todas igualmente necesarias al conjunto, á la armonía general. «El ojo no puede decir á la mano: yo no tengo necesidad de tu ayuda; ni la cabeza á los piés, no tengo necesidad de vosotros. Léjos de esto, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios.» El Creador ha querido por la organización del cuerpo mostrar que honra tanto las

funciones que parecen más bajas, como aquellas á las cuales van anejas la gloria y el honor: «Los miembros que consideramos como ménos dignos de honor en el cuerpo, son aquéllos á que hacemos más honor cubriéndolos; de suerte, que aquéllos que son ménos honestos, son los más honrados, en cambio de que aquellos que son honestos no tienen necesidad de ello; pero Dios ha dispuesto de tal manera el cuerpo que ha dado más honor á las partes que carecían de él, á fin de que no haya division en el cuerpo, sino que los miembros tengan un cuidado mutuo los unos de los otros» (1).

Tal es el pensamiento del cristianismo sobre la desigualdad de las facultades intelectuales ó morales, y sobre la influencia que tiene en el organismo social. La distancia entre esta concepcion y la de la antigüedad es la de un mundo á otro. Aristóteles, el filósofo que representa mejor el genio antiguo, ve en la desigualdad de las facultades el principio de la dominacion de los sabios y de la esclavitud de aquellos que son inferiores en inteligencia. A esta doctrina, que consagra la division radical de la especie humana en señores y esclavos, opone el cristianismo el dogma de la unidad de todos los hombres en Dios. Tiene en cuenta las facultades desiguales que distinguen á los individuos; pero invirtiendo los papeles, hace de la superioridad una fuente de deberes, y de la inferioridad una fuente de derechos (2). El poder, el gobierno de los hombres, no es ya como entre los antiguos objeto de ambicion personal; es un servicio, un ministerio (3). Se ha puesto á prueba el cristianismo con la aplicacion de estas elevadas máximas. Ha procurado constituir comunidades religiosas segun los principios del Evangelio. El poder que la Iglesia reconoce á los superiores de es-

(1) PABLO, I *epistola á los Corint.*, c. XII.

(2) JUSTIN. (*ad Diognet.*, c. 10): «Imitar á Dios es usar de nuestra superioridad que debemos á él, para hacer bien á nuestros inferiores.

(3) HIERONYM., *in epist. ad Ephes.*, III, 5 (t. I, part. I, p. 388): «*Hoc interest inter gentium principes et christianorum, quod illi dominantur subditis nos servimus.*»—AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XIV, 28: «*In principibus (civitatis terrene) dominandi libido dominatur; in hac serviunt invicem in charitate, et prepositi consulendo, et subditi obtemperando.*» Basil. *Regule fusius tractat.* 30: ἡ τῶν πλειόνων ἐπιμέλεια, πλειόνων ἐστὶν ὑπηρεσία.—CHRYSOST., *Homil.* 18 *in ep. II ad Corinth.* (t. X, p. 569, A.): οὐ γὰρ ἀρχόντων τυφός ἐστι τὰ ἐνταῦθα, οὐδὲ ἀρχομένων δουλοπρέπεια, ἀλλὰ ἀρχὴ πνευματικὴ, τοῦτω μάλιστα πλεονεκτοῦσα, τῷ τὸ πλεον τῶν πονῶν καὶ τῆς ὑπὲρ ὑμῶν ἀναδέχουσαι φροντίδος, οὐ τῷ τιμᾷς πλείους ἐπιζητεῖν.

tas congregaciones se traduce, al ménos en teoría, en obligaciones y no en privilegios. «Tienen los más grandes deberes que cumplir, dice Gregorio de Niza, y al mismo tiempo es necesario que se muestren más humildes que sus inferiores; deben considerarse como esclavos y no como señores» (1).

¿Qué importa que este ideal no se haya realizado nunca? No por esto dejará de ser el objeto á que tienden las sociedades humanas. La doctrina de la antigüedad acaba en el predominio del individuo, en el egoísmo; la doctrina cristiana tiene por término la solidaridad del género humano. Los antiguos no tenían conciencia de la unidad humana. Este dogma es el que constituye la superioridad de la filosofía cristiana: «Todos los hombres son creados á imágen y semejanza de Dios; todos son capaces de la misma perfeccion, todos son destinados á la misma dicha. Estamos, pues, todos ligados los unos con los otros por nuestra relacion con el padre comun de los espíritus, y obligados á amarnos, á socorrernos, á buscar mutuamente nuestro bien comun, como hermanos, como hijos, como imágenes de un mismo padre. No es permitido al hombre considerarse como independiente, y separado de los demas miembros de la gran familia, cuyo padre es Dios. No puede considerarse como el fin y el centro de su amor, sin perturbar la ley de su creacion, de su filiacion, de su fraternidad. Debe subordinarse todo entero á la gran familia y no subordinar la familia entera á sí mismo» (2).

San Pablo no cesa de predicar esta santa doctrina: «Que nadie busque su ventaja particular, sino que cada uno busque tambien la de otro. Si alguno de vuestros hermanos llega á caer en alguna falta, vosotros que sois espirituales corregidle con un espíritu de dulzura... Exhortaos los unos á los otros, edificaos todos el uno al otro.... Nosotros que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestra propia satisfaccion» (3). En fin, deja escapar este grito sublime de abnegacion: «Desea-

(1) GREGOR. NYSS., *De Scop. Christ.* (t. III, p. 306).

(2) FENELON, *Sobre el gobierno civil*, c. 18.

(3) PABLO, I *Corinth.*, X, 24;—*Galat.*, VI, 1;—*I Thessal.*, V, 11;—*Rom.*, XV, 1.

ría ser yo mismo anatematizado á causa de Jesucristo, por mis hermanos, que son mis parientes segun la carne» (1).

La doctrina del apóstol es la de los Padres de la Iglesia. Escuchemos á *San Crisóstomo*: « Que nadie diga: ¿ qué me importa la salvacion de los demas? Que el que perece, perezca; que el que se salva sea salvado, esto no me concierne, yo debo velar sobre mí mismo. La Escritura condena este pensamiento inhumano y digno de las fieras» (2). El orador cristiano muestra que Dios nos ha creado débiles y dependientes, á fin de enseñarnos la solidaridad: « El hombre no puede dar un paso sin necesitar de sus semejantes. Dios lo ha querido así para obligarnos á aproximarnos, á ayudarnos y á amarnos» (3).

(1) PABLO, *Rom.* IV, 3. CRISÓSTOMO exalta con razon esta sublime abnegacion: εἶδος ψυχῆς μέγεθος καὶ φρονήματος ὕψος αὐτὸν υπερβαῖνον τὸν οὐρανόν.

(2) CHRYSOST., *adv. oppugnatores vite monasticae*, III, 2 (*Op.*, t. I, p. 77, C).

(3) IBID. *Homil.*, 17, *in ep. ad Corinth.* (*Op.* t. X, p. 561 y sig.).

## CAPÍTULO IV.

### LA FRATERNIDAD CRISTIANA.—EL COSMOPOLITISMO.

El mundo antiguo estaba dividido en pueblos enemigos. Las relaciones entre extranjeros eran casi tan hostiles como entre el señor y el esclavo. Se creía que los Bárbaros habian nacido para servir; de ellos procedian los esclavos. La oposicion de las nacionalidades se manifestaba tambien en las concepciones religiosas; habia tantos dioses como naciones y ciudades. Estas divinidades particulares eran enemigas, lo mismo que los hombres que las adoraban. La antigüedad carecia del sentimiento de la unidad. Aun en aquel pueblo, que tenía la creencia de un Dios único y de la unidad de la raza humana, el espíritu de division pudo más que el dogma: los Judíos despreciaban, odiaban á los extranjeros. El cristianismo se apoderó del principio de unidad que estaba en el fondo de la ley antigua, despojándolo de toda mezcla de predominio ó de privilegio de raza: « ¿ Es Dios solamente el Dios de los Judíos? ¿ No lo es tambien de los gentiles? Sí, tambien lo es de los gentiles. Porque no hay más que un solo Dios..... No hay distincion entre el Judío y el Griego, porque todos tienen el mismo Señor. Cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo» (1).

Bajo el punto de vista del cristianismo, las distinciones nacionales desaparecen: « Ya no hay Judíos, ni Griegos, ni esclavos, ni libres; todos son uno en Jesucristo» (2). Todos los que creen

(1) PABLO, *Rom.* III, 28, 29; X, 12, 13.

(2) IBID., *Galat.*, III, 28.—*Coloss.*, III, 11.